

que fué la de ponerse en cuclillas; pero Gil Blas ya habia visto todo lo que habia que ver.—Sálgase Vd. de aquí cuanto antes, hombre incivilizado, exclamaba el sobrino y la sobrina del coronel. No necesitaba de esta advertencia el sorprendido Gil Blas, porque apenas vió lo que no esperaba ver, acudió apresuradamente á tomar la puerta, y tropezando en ella, la cerró de golpe, y se corrió un resorte que habia en la cerradura, cuyo secreto solamente conocia la que se hallaba en cuclillas á la sazón. No tuvo pues otro arbitrio la sorprendida venus, que ponerse de pies, y presentar todo su hermoso talle á su aturrido sirviente. Al pasar por junto á él para abrirle la puerta, le dice, cierre Vd. esos ojos, hombre inconsiderado. Ya los tengo cerrados, le contestó Gil Blas, y nada veo de lo que he visto. En efecto se abrió la puerta, se salió el criado, y se quedó á solas el varon y la hembra representados en el sobrino del coronel. Las reflexiones consiguientes á este raro paso tanto en el amo y ama, como en el criado, serán materia del capítulo siguiente.

## CAPITULO II.

Reflexiones de Gil Blas sobre la transformacion de su amo en una hermosa jóven.—Determinacion de ésta para que Gil Blas la restituyese á la casa de sus padres.—Entrada de los dos en la ciudad de San Sebastian.

**H**emos ofrecido en el capítulo anterior ocuparnos de las reflexiones que debieron ocurrir así al amo como al criado, á consecuencia del tan raro como inesperado lance, porque efectivamente tanto al uno como al otro debió trabajar su imaginacion; pero daremos principio por las reflexiones de Gil Blas. Retirado este á su cuarto, y reconociendo que no era un amo á quien servia, sino á una dama de 16 años de hermosa figura, y de un carácter el mas amable, la cual ya antes de descubrir su sexo, le habia dado finas pruebas de su mayor aprecio y estimacion, comenzó á racionar para consigo de la manera siguiente: Mundo engañoso, mundo de trampas y picardias! ¿Qué es lo que me está pasando en el centro de tus enredos que yo procuro investigar, tratando de reconocerte y estudiarte? Yo me hallé prisionero al salir de

Santander, y siendo tratado por un espía de aquel originalísimo prelado, yo debí ser fusilado en el instante mismo que aquellos mis opresores me presentaron á su jefe. Sin embargo, este hombre que pudo privarme de mi existencia, se confía de mí y me hace depositario y confidente del objeto que mas aprecia. Este me corresponde dándome las mas finas pruebas de su cordial amistad. Pero el coronel es un enemigo de nuestra sagrada religion, y por no andar por rodeos, él es tambien un ladron, y nada menos que de los objetos destinados al culto del verdadero Dios.

Su sobrino no es un varón, sino una hermosa hembra española, seducida y engañada por un irreligioso é inmoral coronel. Yo no tengo á la sazón sino 22 años: ella no pasa de los diez y seis. El coronel debe haber cumplido ya los cuarenta. ¿Me seria difícil á mí requebrar tambien á esta inesperta jóven, apasionarla y reducirla á mi amor? Esto me seria muy fácil, porque ella ya me ha dado finas pruebas del mayor aprecio antes del casual descubrimiento de su sexo. Pero ahora que ya soy yo sabedor de todos sus mas recónditos secretos, ¿qué dificultad podrá oponer para sustituir en el lugar de un coronel francés de la edad de 40 años un jóven español de 22? Y en este caso, si los dos

nos apoderamos de las navetas de las onzas y medias onzas de los cálices, copones y demas vasos sagrados, y nos burlamos del coronel pasándonos al dominio español? ¿no hacemos un gran servicio á la patria restituyéndola lo robado, y devolviendo á la casa paterna esta infeliz y engañada víctima? Pero Dios mio! Estos no son mas que sueños. Si al tiempo de declararla yo estas mis ideas da un parte secreto á su coronel, y éste me sorprende en una noche, ¿no es una verdad tambien que yo no debo existir un solo instante? ¡Oh desventurado Gil Blas! Qué es lo que debes hacer en este lance tan crítico como extraordinario que te presenta la suerte? El mundo que has recorrido, y que has procurado estudiar, ¿te presenta una senda segura para salir sin riesgo á puerto de salvacion? No; tú siempre quedarás espuesto á los accidentes de la fortuna que suele burlarse las mas veces de las mas bien combinadas especulaciones. ¿Con que te quedas en la incertidumbre de lo que debes hacer? Sí, amigo; y por mas que apures toda tu imaginacion, y toda tu sabiduría, no alcanzarás jamás la certidumbre de que, aunque obres bien, saldrás bien.

Estas eran las reflexiones que acometieron á Gil Blas al retirarse á su aposento despues de la rara entrévista con el sobrino ó sobrina del

coronel, pero nada mas sacó de todas ellas, que quedar irresoluto, incierto é indeciso sobre lo que debía hacer. Seguridad del buen éxito jamas la pudo hallar, y lo único que de fijo pudo sacar en limpio fue que en esta empresa solo debía atenerse á las consecuencias del riesgo, que podrian ser felices ó funestas, segun la suerte las preparase.

Vamos ahora á lo que pasaba en la imaginacion de la sorprendida venus. Viéndose la infeliz descubierta en su enmascarado sexo, y reconociendo que su sirviente era ya dueño, no solamente de este secreto, sino tambien del inmenso tesoro que ella misma le habia manifestado, decia para consigo: Yo he sido arrebatada cautelosamente de la casa de mis padres. Este hombre huésped en la casa de ellos, sorprendió mi inocencia. Me requetó, me hizo regalos suntuosos, yo no conocia el mundo ni los hombres. ¿Qué hay de estraño que una jóven de 16 años se haya dejado seducir por un hombre perspicaz, que para sacarla de la casa de sus padres la haya ofrecido las mayores felicidades? Y en efecto, si el ser rica y dueña de los metales de plata y oro que el mundo tanto aprecia es una felicidad, yo no puedo quejarme á la vista de lo que poseo; pero ¿quién es este hombre, y por qué medios soy yo dueña de todas

estas riquezas? Yo por la prostitucion, y él por el latrocinio. ¿Y será posible que por estos medios tan criminales pueda yo ser feliz por todos los dias de mi vida? Mi razon y todo mi juicio me dicen que no. Luego ¿cuál podrá ser mi suerte dirigida por tan tortuosa senda? Ah! el corazon me dicta que mis dias van á ser llenos de amargura. Si este Gil Blas, en quien he reconocido nobles sentimientos, favoreciese mis designios, yo me franquearia con él: le pediria un consejo sobre lo que debo hacer ó lo que él haria en mi situacion. Fugarnos los dos con todas las riquezas del coronel seria un crimen? Esta cuestion no se halla al alcance de una jóven de 16 años. Gil Blas tiene mas edad, y mas mundo que yo. ¿Me franquearé con él? Y si abusa de mi confianza? Pero no; no es posible presumir esto de su noble comportamiento. Me resuelvo pues á abrirle mi corazon.

Llamó entonces á Gil Blas á su estancia y le habló de esta manera:—Avergonzadísima estoy, querido amigo, de hallarme en la compañía de Vd. con el traje de un hombre, siendo en la realidad una mujer. ¿Qué juicio habrá Vd. formado de mí? ¿Qué opinion ó concepto debe merecer una jóven de mi edad, entregada á un militar extranjero con las cualidades que se des-

cubren por las alhajas que os he manifestado? Ay, amigo! Yo he sido seducida y engañada, y soy digna de compasion. Cuando este mal hombre me sacó de la casa de mis padres, me ofreció casarse conmigo, y en estos últimos días acabo de descubrir que este infame se halla casado en Francia por las cartas de su mujer que he visto entre sus papeles. Dígame Vd. ahora si no soy digna de lástima y compasion. Yo soy hija de unos acomodados comerciantes de San Sebastian. Mis padres no tienen mas hijos que esta desventurada que les ha causado con su fuga el mayor de los sentimientos que pueden experimentar sobre la tierra. ¡Ay, amigo mio! ¡Si fuera posible que ellos me perdonáran! Si me fuera dable poder restituirme á su compañía! Lo que es emprenderlo por mi sola lo miro como un sueño; pero si Vd., amigo mio, tuviese la generosidad de ayudarme en esta empresa, entonces lo veo mejor combinándolo bien entre los dos. Yo he dado á Vd. pruebas de una cordial amistad confiándole secretos que á ningún otro debia descubrir. En la manifestacion que ahora le hago, le doy tambien la última prueba de la confianza que Vd. me merecê. Compadézcase Vd. de mí, querido amigo, pues que como tal le he tratado desde que he entrado en mi compañía.

Sorprendido Gil Blas con esta repentina transformacion de su jóven ama, no titubeó un momento en ofrecer todo su auxilio para restituirla á la casa paterna. La dió la mas segura palabra de acompañarla en el viaje hasta tener la dulce satisfaccion de entregarla á sus afligidos padres. Entonces la jóven le dijo:—Pues en este caso, amigo mio, es preciso obedecerme en lo que voy á ordenar: primeramente debe Vd. dirigirse á la policia francesa para sacar un pasaporte para los dos como hermanos de un mismo apellido. Al efecto tenga Vd. este bolsillo, y no repare en ofrecer á esos esbirros cuánto le pidan, pues entonces es seguro el pasaporte. En seguida ajuste Vd. un carruaje para los dos solamente, y en esta misma noche sacaré de mi baul las ropas que me vestia en la casa de mis padres, que son las que me corresponden, y las que nunca debierá cambiar. Obre Vd. en todo con el mayor sigilo, porque si lo perciben los sirvientes de cocina que son paisanos del coronel, somos perdidos. Vea Vd. si lo puede preparar todo para salirnos los dos á las cuatro de la mañana; y busque Vd. ademas dos mozos para conducir dos bauls al punto donde se halle el carruaje que no debe venir á buscarnos aquí.

Comprendió Gil Blas todo el plan de su jó-

ven ama, y le desempeñó tan cumplidamente, que al siguiente dia se pusieron los dos en marcha para la ciudad de San Sebastian.

Oh mal aventurado coronel! ¿Y cuál otro podía ser el fruto de tus rapiñas? ¿Qué otro premio debias esperar de tus corrompidas costumbres y relajada conducta? Pues qué! Cuando hallándote casado en Francia, ofreciste casarte ademas con una inocente jóven á quien por este medio conseguiste seducir y sacar de la casa de sus padres, ¿habia de quedar sin castigo tan inaudita traicion? ¿Qué dirás cuando al volver á hacer otra visita á tu sobrino te halles sin él, sin tus cálices, y sin todo tu tesoro? Ah! nada era mio, debieras decir; pero en toda tu rabia y desesperacion jurarás la mas atroz venganza. Asi la juró en efecto cuando al volver á Vitoria, se vió tan perfectamente robado y engañado. Dos víctimas pensaba sacrificar: una en el sobrino y otra en su sirviente Gil Blas; pero no contaba el miserable que á los quince dias debia ser él muerto de un balazo como efectivamente lo fue en un encuentro con las tropas del ejército español.

Caminaron pues á la ciudad de San Sebastian los dos fugados, y sin hallar el menor estorbo en el camino, se apearon en un meson de dicha ciudad por disposicion de la infeliz

seducida. No se atrevió ésta á presentarse en la casa de sus padres sin esplotar primero por medio de Gil Blas cómo la recibirian. Dió pues á éste la comision de ir á darles noticia de su seducida y engañada hija, pero sin decirles que se hallaba en el mismo pueblo. No fue menester decirle mas para representar perfectamente su papel. Entró Gil Blas en la casa de aquellos comerciantes preguntando por el nombre y apellido de su misma ama á sus propios padres. ¡Oh desventurados de nosotros, le contestaron! Y por quién nos pregunta Vd.? ¿Nos traerá por ventura alguna noticia de esta desgraciada hija nuestra, seducida engañada y robada por un coronel francés?—No, señores, respondió Gil Blas; antes bien vengo á saber si se halla en la casa de sus padres, porque se huyó de la compañía de aquel jefe de un regimiento, y le robó todo cuanto él habia robado desde que entró en España. Dicen que se llevó consigo un baul atestado de onzas y medias onzas, de cálices, copones y demas vasos sagrados de plata y oro. A este tiempo se dejó decir la mujer del comerciante: *El que roba á un ladron gana cien dias de perdon* ¿pero no sabrá Vd. decirnos dónde se halla esta desventurada hija de nuestras entrañas? En Vitoria, de donde ella huyó; se decia, que se habia dirigido á la casa pater-

na, pero algunos afirmaban haberla oído, que no se atrevía á ponerse en su presencia despues de haberles dado el mayor sentimiento que les podia dar. Las lágrimas asomaron entonces por los ojos de su afligido padre, y sin poder detener las suyas su desconsolada esposa, exclamó:—Oh hija querida de nuestro corazón! Oh idolatrada hija nuestra! ¿Y á dónde te hallarás á estas horas sola y desamparada por este mundo engañoso? Vuelve, vuelve á nuestros brazos, consuelo de tus padres. No los temas, hija querida nuestra, porque no tienen otro apoyo que el tuyo en el último tercio de sus dias. Ven, y con los brazos abiertos serás recibida por los que te dieron el sér. En estas y otras iguales espresiones prorumpieron los dos esposos derramando copiosas lágrimas, á cuyo tiempo Gil Blas, viéndoles en tan lastimoso estado les dice.—Albricias, señores míos, albricias. Esa hija engañada y seducida no está muy lejos de sus queridos padres, pero tiembla presentarse delante de ellos.—A dónde, á dónde está ese único consuelo nuestro?—En una casa de este pueblo la he dejado, respondió Gil Blas, toda trémula y afligida, esperando la resolución de los que la dieron el sér.—Oh cielos! exclamaron los dos esposos: vamos, vamos ahora mismo á estrecharla en nuestros brazos.

Caminaron en efecto hácia el meson al cual los dirigió Gil Blas. Apenas oyó la voz de sus padres la infeliz hija, cuando se puso de rodillas para recibirles, diciéndoles con las lágrimas en los ojos: perdon, queridos padres, perdon: Yo he sido engañada y robada todo á un tiempo. El hombre infame que me sacó en una noche de nuestra casa, me daba el nombre de su querida esposa, ofreciendo casarse conmigo en el primer pueblo. Este vil engañoso se halla casado en Francia con hijos y mujer. En una ausencia suya registré todos sus papeles, y por las cartas que leí de su familia nada menos que tres hijas y dos hijos tiene en su pueblo, estando ya la mayor en la edad de diez y seis años. Este hombre criminal me alojó consigo en una casa de Vitoria, pero con sirvientes de su misma vecindad en Francia. Hizo varias escursiones con su regimiento hácia Burgos y otros puntos, y de ellas venia siempre cargado de dinero y de varios vasos sagrados, todo de plata y oro. He sabido por el mismo que permitia á una compañía de su regimiento el pillaje y el saqueo á condicion de entregarle á él la mayor parte del botin. Casi todo el fruto de sus rapiñas traigo en un baul para que Vds. destinen este tesoro, robado á los españoles, á quien corresponda.

—Oh hija desventurada! Y qué es lo que has hecho! Ese hombre vil vendrá á buscarte á nuestra casa, la pegará fuego, y nos quemará vivos en ella.—No, padres queridos, no. Ese hombre con todo su regimiento está destinado á una gran batalla con las tropas españolas, y el Dios de los ejércitos le dejará sepultado en ella para castigo de sus crímenes.—Puede ser, hija querida, que así suceda, pero entre tanto salgamos todos de esta casa, vámonos á la nuestra, y que el Rey de los cielos y la tierra dé á cada uno su merecido

## CAPÍTULO III.

Graciosa sesion de los padres de la jóven con el tesoro del coronel.—Salida de Gil Blas de San Sebastian para Marsella.—Ocupacion de Gil Blas en esta ciudad durante la guerra de la independencía en España.

**S**e salieron en efecto de aquel mesón los dos esposos, llevándose consigo á su idolatrada hija. Encargó ésta á Gil Blas la conduccion de todo su equipage á la casa de sus padres; pero no aceptó Santillana este encargo sino con la condicion de esperarle allí mientras buscaba dos hombres que llevasen los dos baules. Así se verificó entrándose todos á un tiempo en la casa de los comerciantes con el tesoro del coronel. A muy pocos dias supieron que los cocineros de éste se habian fugado tambien de la casa, llevándose lo que habia quedado en ella, pues no dudaban que su amo los asesinaría al verse sin su tesoro y sin su sobrino. No se pasaron veinte dias sin verse todos tranquilos y seguros, habiéndose sabido por los papeles públicos que en una accion con las tropas españolas,

habia muerto aquel coronel, perdiendo dos compañías de su regimiento.

Colocados todos en la casa de los comerciantes entregó la hija á sus padres las llaves de los dos baules para que viesen y dispusiesen de aquel inmenso caudal, y los dejó solos á los dos. Abrieron estos aquel, en el cual se hallaban los cálices, copones y demas vasos sagrados, y al ver en ellos tanta plata y oro, dijo la esposa al esposo:—Pero marido, cuando vayamos á vender estos cálices creerán que nosotros los hemos robado de las iglesias, y nos perseguirá la justicia. Si pudieses hacerte con una fragua para reducirlos á barras, entonces no corríamos el menor riesgo.—Luego intentas tú como el coronel francés apropiarte las alhajas del templo del Señor? dijo el marido á su mujer.—Y á quién piensas tú restituirlo, replicó ella, si no sabemos de quién ha sido?—Lo que está destinado al culto del verdadero Dios, á Dios pertenece.—Pues bien, veamos lo que hay en este otro baul, dijo ella. Le abrieron en efecto, y se hallaron entre otras cosas, con dos cajoncitos regulares llenitos de onzas, medias onzas, y doblones de cuatro duros, todo de escelente oro español.—Oh marido! dijo entonces la mujer, esto sí que no es de las iglesias, ni está destinado al culto.

*esto pasa a la faja y fuente*

Esto sí que es nuestro sin riesgo y sin peligro alguno: Jesus y cuánto oro! Desde mañana voy á mandar cerrar la tienda. ¿Para qué necesitamos ahora el comercio? A mí ya me remordia la conciencia de vender tan caros algunos géneros. Bien sabes tú que no nos hemos contentado con un ciento por ciento de ganancia, y que somos murmurados en el pueblo.

A este tiempo se hallaba Gil Blas dando su cuenta á su nueva ama de los gastos del viaje, pasaporte y demas, y al entregarle el resto con el bolsillo que le habia dado en Vitoria, le dijo.—Ese bolsillo con todo lo que contiene te lo regalo yo, y no creas que con esto solo pienso pagarte el gran servicio que me has hecho.—Señorita, replicó Gil Blas, que aun hay en él mas de doscientos escudos de oro.—No importa, Gil Blas; aunque hubiese dos mil, lo mismo te lo regalaria, porque el haberme restituido á la casa de mis padres no se paga con ningun dinero. Pienso por lo mismo tenerte siempre en nuestra compañía si nos quieres hacer este favor. A esto le contestó Gil Blas dando á su ama las mas espresivas gracias, pero añadiéndola, que en manera alguna podia quedarse en San Sebastian, porque se habia propuesto recorrer la mayor parte de España á fin de conocer el mundo y los hombres.

Entraron á este tiempo en la estancia donde estaban Gil Blas y su ama, los padres de ésta con un semblante risueño y placentero. Su hija es manifestó entonces, que habiendo propuesto á su criado tenerlo siempre en su compañía, no le acomodaba permanecer en San Sebastian, por cuanto habia resuelto correr la mayor parte de España. El comerciante le hizo presente á Gil Blas, que en tal caso se esponia mucho en volver por donde habia venido, porque no faltarian oficiales amigos ó parientes del coronel que lo mandarian fusilar. Añadió, que si no le acomodaba vivir con ellos, en lo que tendrian todos el mayor gusto, él le proporcionaria por la parte de Francia un viaje seguro hasta Marsella, en donde podria embarcarse para España. Apreció infinito Gil Blas esta oferta, de la cual pensaba aprovecharse, como así lo hizo, despues de haber permanecido algunos dias en aquella buena compañía.

Llegó por fin el tiempo de la separacion, y ayudándole su ama á preparar el equipaje le puso, sin saberlo él, otro bolsillo de dinero en el fondo del baul. Hizo ademas que su padre le diese cartas de recomendacion, y letras de cambio sobre Bayona, y demas puntos por donde tenia que pasar hasta Marsella. Salíó Gil Blas de aquella casa con gran sentimiento

de los dueños de ella, pero con especialidad de su buena ama, que con las lágrimas en los ojos se despidió de él, encargándole que no se olvidase de ella en donde quiera que se hallase. Emprendió pues su ruta por la via de Francia, sin detenerse en ningun punto de su tránsito hasta Marsella, porque era su ánimo restituirse á su patria lo mas antes posible.

Llegó por fin á aquella antigua ciudad marítima de Francia, y habiéndose propuesto reconocerla, notó que estaba dividida en antigua y nueva. Esta la reconoció por de muy bella disposicion, pero aquella de muy mal gusto. Averiguó tambien que Luis XIV en 1660 hizo construir allí un fuerte, y una ciudadela para sujetar á sus habitantes, que pensaban hacerse libres, y sacudir el yugo de su obediencia. No le causó esto admiracion, porque sabia que en su patria se habia hecho lo mismo en Barcelona para sujetar á los catalanes, máxima adoptada por los conquistadores que procuran asegurarse de su conquista. Recorrió toda la ciudad, y admiró en ella algunos edificios de mucho mérito.

Pasados algunos dias determinó presentarse á la casa de comercio para la cual llevaba su carta de recomendacion. Fue recibido en ella con las demostraciones del mayor apre-

cio, ofreciéndole dinero, y todo lo demas que necesitase. Le instaron ademas para residir en su compañía todo el tiempo que hubiese de permanecer en Marsella, pero Gil Blas les dió las gracias, manifestándoles, que era su ánimo trasladarse á España en la primera proporecion que se le presentase. Entonces aquel comerciante le hizo ver que no consideraba oportuno ni prudente trasladarse á su patria en aquellas circunstancias, por quanto toda la España se hallaba sumergida en la mas horrorosa guerra, en la cual ningun habitante se podia contar con la vida segura. Que los ejércitos franceses penetraban por todas partes, á pesar de la obstinada resistencia de los españoles, y que era tal el furor y encarnizamiento de los unos contra los otros, que por todas las provincias usaban el asesinato, el pillaje, el incendio, el degüello y la muerte. Que donde quiera que se presentase en España, si averiguaban que iba de Francia, era bastante para tenerle por afrancesado, y ya no estaba segura su vida. Que por consejo suyo debia esperar en Marsella el resultado de la conquista, y la pacificación del reino, y no esponerse antes á un inminente riesgo. Que mientras se decidia la suerte de España, él le ofrecia ocupacion en su casa con mesa y sueldo, quedando

do despues en libertad de salirse ó quedarse.

Sábios y prudentes parecieron á Gil Blas los consejos de aquel comerciante, y se despidió de él dándole las mas debidas gracias, particularmente por la oferta que le hacia de ocuparlo en su casa con mesa y sueldo, sobre lo cual tratarian al siguiente dia. Se encaminó pues hácia su posada, y encerrado en su habitacion comenzó á hablar consigo á solas de la manera siguiente: ¡Oh mundo desconocido por casi todos tus habitantes! ¿Quién me habia de decir á mí, que cuando caí prisionero á mi salida de Santander, no habia de ser fusilado, siendo tenido por un espía del ilustrísimo don Rafael? ¿Cómo podia yo imaginarme que una mujer vestida de hombre habia de ser el origen de cambiar mi suerte de una manera tan prodigiosa! ¡Oh singularísimo coronel! ¡Oh originalísimo tío de tu sobrino! Yo no puedo menos de verte reconocido, porque tú, aunque fueses por otra parte un criminal, no has sido para mí sino un hombre benéfico. Tú mehas confiado la guardia de un objeto de tu mayor consideracion y aprecio, pero yo no he abusado de tu confianza. La fuga de tu sobrino ó de tu sobrina no ha sido obra de mi ingenio. Ella ha determinado restituirse á la casa de sus padres como era natural. Tú la habias sacado de allí siendo un

criminal, y los crímenes no siempre quedan impunes en esta vida de miserias.

El robo de tus cálices y demas vasos sagrados, el de tu gran tesoro en monedas preciosas de buen oro español, tampoco era tuyo. Tu sueldo de coronel podria alcanzar á lo mas á sostenerte con decencia en tu clase. Luego lo habias usurpado al pobre pueblo español sobre el cual viviais tú y todos tus compañeros en el ejército francés. ¿Qué cosa mas justa que devolverlo á la misma patria, á la cual pertenecia? ¿Qué razon ó motivo hallarás, pues, para fusilarme si me vuelves á coger bajo de tu dominio? Ninguno á la verdad; pero si me vieses alguna vez tú, ó alguno de tus amigos, mi vida no seria sino la de muy pocos instantes. Reconozco, pues, que mientras os halleis en España yo estoy mas seguro en Francia, y cuando volvais á Francia estaré seguro en España.

A consecuencia de estas reflexiones determinó volver á la casa del comerciante por ver el partido que éste le ofrecia. Se presentó en efecto á él, y le dice:—He meditado, amigo mio, sobre los prudentes consejos de Vd., y convencido de que mi vida en mi patria durante la presente guerra no puede ser apetecible, estoy resuelto á quedarme en su casa de Vd., si en ella puedo asegurar mi subsistencia á costa de

mi trabajo. Entonces el comerciante le dijo: que justamente en aquellos dias habia despedido un dependiente, á quien diariamente pagaba cinco francos ademas de la manutencion, y que si gustaba ocupar su puesto, desde entonces le ofrecia el mismo partido. Que su ocupacion estaba reducida á vigilarle varios operarios que tenia empleados en algunas fábricas y manufacturas de su propiedad en Marsella. Qué lejos de vigilarlos el dependiente despedido se habia confabulado con algunos de ellos para pagarles su jornal sin presentarse en los talleres en varios dias, y que esta infame traicion no la debia esperar de ningun honrado español, y mucho menos de aquel que tan finamente le recomendaba su amigo de san Sebastian. En vista de lo cual, si se resolvia á aceptar este partido, desde entonces mismo se podia quedar en su casa.

Reconociendo Gil Blas las ventajas que la presente ocasion le ofrecia, no dudó un momento en aceptar este partido, y acordaron los dos que fuese á su alojamiento para trasladar su equipaje á la casa de aquel comerciante, como así lo verificó. No se hallaba por entonces Santillana en la necesidad de servir, habiendo reconocido ya en su baul el bolsillo que en el le habia introducido secretamente su jóven ama; dentro del cual halló tambien un billete

que contenia estas palabras, »Gil Blas, el primer bolsillo que te regalé ha sido por el gran »servicio que me hiciste de restituirme á la casa »de mis padres: este que ahora te doy mas que »doble del primero, es con la condicion de, que »me escribas, y me comuniques tu buena ó mala suerte.» Reunia pues Santillana con los dos bolsillos una cantidad regular para poder vivir algun tiempo por sí solo; mas reconociendo que este dinero se le acabaria, sino procuraba economizarlo, entró muy gustoso en el servicio de aquel comerciante, que tan buen partido le ofrecia.

Colocado ya en aquella casa fue su primera diligencia enterarse de su obligacion para desempeñarla honradamente, y con exactitud. Su amo le condujo á los talleres, y en muy pocos dias se hizo cargo de todo, y cumplió con su deber como descendiente de los antiguos hijosdalgo de Castilla. Permaneció pues en aquella ocupacion todo el tiempo que duró la guerra de la independenciam en España. Allí supo por los papeles públicos las tremendas batallas que se dieron por una y otra parte, admirándose de dia en dia del indomable carácter español, que no se dejó aterrado por los ejércitos y mariscales franceses, que habian ya conquistado casi toda la Europa.

## CAPÍTULO IV.

Venida de Napoleon á España.—Restituye á su hermano el palacio de Madrid.—Arroja los ingleses al agua.—Le declara la guerra el emperador Alejandro.—Campana de Rusia.—Fin y muerte del ejército francés.—Batalla de Waterloo.—Prision de Bonaparte.

**H**asta el año de 1814 permaneció Gil Blas en la ciudad de Marcella y en la casa de aquel comerciante. Terminadas las horas de su obligacion se ocupaban en leer los papeles públicos. Cuando supo por ellos la batalla de Bailen, cuyas consecuencias fueron arrojar de la capital de España al rey José, hermano del emperador Napoleon, exclamó:—¿Es posible, Dios mio, que regimientos formados de paisanos como los que yo he visto en Asturias (por que yo no puedo dudar que de otros iguales se han formado todos los de España) se hayan burlado tan completamente de los conquistadores de casi todas las naciones europeas? Pues si esto es posible, como lo ha sido, aprended reyes, emperadores y príncipes, que todo lo quereis